

avivar el fuego extinguido de su pobre corazón?

Bajó la cabeza y guardó la fotografía en la cartera de cuero.

—Perdóneme—murmuró—; no he debido ser tan brusco... Adiós.

Ella había conseguido abrir la puerta del fondo. Se encontraron en un estrecho pasadizo que servía de cocina y que desembocaba en un corralillo donde pululaban conejos y gallinas. En un hornillo cocíase un guiso de vaca con cebolla. La señorita Ernestina Henrioux tomó las manos de Baltasar y balbució:

—Sí, adiós... He sido muy desgraciada... No puedo más... no puedo más... Adiós. Yo le escribiré... déme su dirección...

Y le empujó hacia el corral, aplastó a un conejo, resbaló con unos tronchos de zanahoria y llegó a la calle en el momento preciso de depositar la cartera de cuero en brazos de Calabacita y recibir su auxilio.

Aquella noche, en "Las Danaides", Calabacita cuidaba a su amo mientras le decía con maternal solicitud:

—Ya ve usted, señor Baltasar; las cosas del corazón son tan complicadas como las de la vida. Se pierde usted en él como en el enigma

de la M. T. P. y los misterios de su nombre y su familia; de nuevo está usted inquieto y con fiebre.

—Entonces—preguntó—, según tú, ¿qué es preciso para estar tranquilo y ser feliz?

Era una pregunta un tanto ardua, a la que no sabía qué responder. No obstante, dijo con gravedad:

—¡El amor!, señor Baltasar.

Miró a la joven, o más bien a la niña, pues-to que eso era todavía para él, y se preguntó por qué Calabacita había enrojecido. Pero pensamientos más importantes reclamaban su atención.

El corazón, por complicado que sea, nos dicta mandatos a los cuales debemos someternos; y ¿cómo Baltasar, con su sed insaciable de ternura, no había de sufrir el atractivo de aquella otra fotografía que pasaba horas enteras contemplando? ¡Qué simpatía le inspiraba la domadora Angélica! ¡Cuánto más amable y atrayente! ¡Nada triste en ella! ¡Al contrario, alegría y buen humor!

No resistió más la tentación y se puso en campaña; y hubiera sido desconocer su carácter al no suponerle animado de los mismos impetuosos instintos que la primera vez el mismo profundo afecto, pronto a desbor-

darse, bullía en él; la misma emoción le agitaba cuando, en la feria del Trône, según los informes que había recibido de la agencia X Y Z, divisó el anuncio, pintado en tela blanca, que decía: "Los leones del Atlas; directora Angélica."

Era un circo de mezquina apariencia, formado con telas pintadas, ya borrosas, y carromatos desvencijados, de donde los leones del Atlas se hubieran podido escapar cómodamente si les hubiera quedado algún deseo de independencia.

Había terminado la representación de la tarde cuando Calabacita y Baltasar llegaron a los carromatos, entre los cuales se acumulaban muchas cajas viejas y se cocía la cena. Había tres de estos carromatos y un tractor automóvil, que más bien parecía una apisonadora.

Una mujer atlética, vestida con una vieja casaca galoneada, y cuyas piernas poderosas hacían estallar el algodón de una malla gris perla y el terciopelo de unas botas altas abrochadas con cordones, vigilaba el contenido de una enorme marmita puesta sobre la lumbre.

Baltasar, a quien una sola prueba no había bastado para comprender que las fotografías

no son sinceras y que un rostro joven envejece en treinta años, se dirigió a esta mujer atlética y le dijo:

—¿La señora de Fridolín, si tiene la bondad?

Ella levantó una cara blanca y redonda, como una luna llena, cubierta de polvos de arroz y que conservaba vestigios de una belleza jovial.

—Soy yo, caballero. ¿En qué puedo servirle?

—¿Es usted la domadora Angélica?—repuso Baltasar desilusionado.

—Personalmente.

No podía dar crédito a sus ojos, y con la esperanza de un malentendido, mostró la fotografía.

—¡Cómo!—exclamó la mujer—. ¡Que Dios me perdone! ¡Si soy yo cuando era joven!... ¿De dónde diablos ha sacado usted esto?

Tomó entre sus manos la cartulina y la examinó. Luego dijo riendo:

—¡Caramba! ¡Pero si esto data del tiempo de Gourneuve!

—Es, efectivamente, entre sus papeles donde se ha encontrado esta fotografía—murmuró Baltasar.

—¿Se ha sabido que era yo?

—Sí; por una carta que ha dejado escrita al prefecto de policía.

—¿Y viene usted de su parte?

—Sí.

—¡Ah!—dijo con tono plácido—, ¿entonces el pobre Gourneuve ha pensado en mí antes de morir?

—Sí—dijo Baltasar.

—¿Y con qué fin...?

El joven no oyó el final de la pregunta. Uno de los leones del Atlas, olfateando sin duda el olorillo de la marmita, lanzó un rugido espantoso; un compañero respondió por otro rugido; luego otro, y, finalmente, todos los leones del Atlas promovieron un concierto ensordecedor.

Angélica tuvo que repetir su pregunta:

—¿Con qué fin envía a usted?

—Por un hijo... por su hijo...—gritó Baltasar con todas sus fuerzas para hacerse oír.

—¿El pequeño Gustavo?—repuso Angélica en el mismo tono estridente—. ¡Pobre criatura! Desapareció a los quince meses, cuando acababa de deñetarle, dos semanas antes de que nos separásemos Gourneuve y yo. Siempre he creído que le hizo desaparecer para vengarse. Ya no nos amábamos y estaba furioso. ¿Así que el pobre niño...?

—Ha vivido.

—¿Es posible?

Baltasar miró a Calabacita. ¡Con qué facilidad se arreglaba todo! Hubiera sido feliz si los condenados leones del Atlas hubieran dejado a la entrevista su carácter íntimo.

—El pequeño Gustavo ha vivido y se ha hecho un hombre—profirió Baltasar.

—¡Qué extraño es todo esto!—vociferó Angélica frotándose las manos—. ¿Está usted seguro? ¿Le conoce usted, quizá?

—Sí; le conozco.

—¿Pero no viviría con el nombre de Gourneuve? ¿Viviría con otro nombre, sin duda?

—Sí.

—¿Cuál?

—Baltasar.

Ella le miró con atención; presentía la verdad.

—Y usted... ¿su nombre?—preguntó.

—Baltasar.

—¡Ah!—exclamó golpeando con las manos sus mallas gris perla—. ¡Esto es más extraño todavía! ¿Entonces el pequeño Gustavo es...?

Baltasar no respondió; limitóse a sonreír con una mueca de ansiedad. Angélica le atrajo enérgicamente hacia sí y lo estrechó entre sus brazos.

—¡Qué extraño!... ¡Qué extraño!... ¿Entonces el pequeño Gustavo...?

Los leones del Atlas se exasperaban. Baltasar, con la nariz hundida en las carnosas mejillas enharinadas de Angélica, pensaba que el encuentro de una madre y un hijo puede tener lugar con toda sencillez y sin las enfáticas peripecias de los melodramas.

—¡Qué cosa tan graciosa, qué rara!—vociferaba la domadora—. ¡Qué contento se va a poner Fridolin! ¡Y la chiquillería! porque tienes un enjambre de hermanos y hermanas, Gustavo.

Y haciendo portavoz con las manos en torno a su boca, llamó:

—¡Fridolin! ¡Fridolin!

Las puertas de los tres carromatos y de la apisonadora se abrieron, dando paso a una nube de chicos y chicas. Fridolin apareció el último.

Era un coloso de mediana estatura y de musculatura formidable. Durante los entre-actos, el Hombre-Cañón, como le designaba el programa, efectuaba el "arranque" de la barra y hacía juegos malabares con las pesas. Se parecía a su mujer, pero en color rojo. Un guardapolvo kaki cubría sus mallas sonrosadas.

Cuatro muchachas y cinco chicos le rodeaban; los había de seis a veinticinco

años y todos estaban empleados en el circo.

—¡Es Gustavo!— exclamó la domadora—. ¿Te acuerdas, Fridolin? ¡El pequeño Gustavo, del que te he hablado, el hijo de Gourneuve!... ¿Qué casualidad, verdad?

El Hombre-Cañón era un faciturno, pero al mismo tiempo un sensible en constante enternecimiento; sus ojos bordeados de rojo se humedecían a la menor cosa. Aplastó entre sus manos la de Baltasar y le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Suyo hasta la muerte!...

Baltasar, que se sentía como de la familia, presentó a Calabacita.

—Mi secretaria-dactilógrafa.

El título causó impresión. Angélica a su vez presentó a los nueve hermanos y hermanas.

—Luisa, la cajera; Alfredo, el que toca el tambor; Raoul y Augusto, peones, etc., etc...

Se sentaron a la mesa, lo cual consistía en sentarse en las cajas desparramadas y devorar los trozos de carne y legumbres preparados por Angélica en la marmita y ofrecidos en el extremo de un tenedor. La comida fué cordial; los leones del Atlas habían renunciado a rugir. Baltasar, interrogado acerca de su existencia, se pavoneó con su título de profe-

sor. Angélica habló bondadosamente de su primer marido, en esposa indulgente.

—Una excelente persona, haragán, astuto, cataoficios; pero en el fondo era una buena persona.

—Excelente muchacho — repitió Fridolin con lágrimas en los ojos.

—Es verdad que ha acabado mal—dijo Angélica—; no se debe matar al prójimo; pero de todas maneras, ¿es que ese Coucy-Vendôme era un ángel? Los periódicos han contado...

Baltasar defendió a la víctima en términos que demostraban que, si había adoptado a Angélica como madre, prefería como padre al conde de Coucy-Vendôme.

A los postres (para cada uno una manzana), se descorchó una botella de sidra espumosa. Baltasar anunció que estaba prometido, lo que enterneció a la domadora e hizo llorar al Hombre-Cañón. Se brindó en honor de la magnífica Violante.

—Basta de broma—dijo Angélica—; ha llegado la hora del trabajo; ya conoces el camino. Estaremos aquí hasta fines de este mes; después representaremos en la barrera del Trono y luego en Grenelle. Ven a vernos con frecuencia y no olvides que a Fridolin y a mí no nos asusta un hijo más.

Baltasar volvió a frotar su nariz contra los blancos carrillos de su madre y besó a sus nueve hermanos y hermanas, pero el adiós de Fridolin fué tan caluroso que Angélica no quiso separar tan bruscamente a su hijo de su padrastro.

Concedió permiso hasta media noche a su marido; suprimirían el número del Hombre-Cañón. Se puso éste el abrigo, bajo el cual veíase su malla rosada, y siguió a Baltasar, que precisamente tenía aquella noche sesión de degustación en Montmartre, donde le esperaba ya el señor Vaillant du Four.

Hacia las diez los tres hombres, algo achispados, salieron del cabaret cogidos del brazo. Cerca de las fortificaciones el señor Vaillant du Four se cayó al suelo; Fridolin lo cargó a su espalda izquierda como si se tratara sencillamente de un abrigo.

Colgado del brazo del Hombre-Cañón, Baltasar le expuso los principios de la filosofía cotidiana.

—Compréndeme, Fridolin. La mayoría de las gentes ven la vida con lentes. Son unos locos. Hay que ver las cosas como son y volverlas a su lugar si son deformes. Ahora bien, las cosas son siempre simples, naturales...

El señor Vaillant du Four, con la cabeza colgante, gemía:

—Soy un bribón... Debían meterme en la cárcel. Os digo que soy un bribón...

Baltasar continuó desenvolviendo la doctrina hasta el fielato de las Termas. Allí, su padrastro, entusiasmado, le hizo crujir de nuevo la mano sollozando:

—¡Hasta la muerte, hasta la muerte!

Fridolin regresó de nuevo hacia Paris, olvidando que llevaba en sus hombros al señor Vaillant du Four.

Baltasar regresó solo. Los mecheros de gas y las estrellas danzaban un tanto ante sus ojos, pero pudo llegar a su domicilio; al aproximarse, su sorpresa fué grande al ver que la ventana de su casa estaba iluminada y que una silueta femenina se recortaba ante la puerta abierta. ¿Era Calabacita que le esperaba?

Subió la escalera. Tendiéronsele dos brazos y le acogió una voz gemebunda:

—Godofredo... mi Godofredito, soy yo, Ernestina Henrioux... No he podido resistir. Lo he abandonado todo para venir cerca de ti... He abandonado "El dedal de plata", mis clientes, el señor cura, la tómbola... ¡Ah, mi Godofredito!

La vieja dama lo estrechaba contra su pecho con vehemencia, como si quisiera ganar con demostraciones maternas el cuarto de siglo perdido en la soledad y carencia de amor. ¿Cómo no aceptaría Baltasar aquella ternura?

Con el cerebro turbado por los vapores del vino de Suresnes, respondió con manifestaciones filiales que no cedían en sinceridad a las de su madre.

La madre y el hijo no se durmieron hasta la madrugada, y Calabacita les halló con las manos entrelazadas, las cabezas juntas y balanceando el busto, sentados en dos sillas.